

# Diversidad cultural y poder en Iberoamérica

## ***Néstor García Canclini y Alfons Martinell***

U. Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y U. de Girona

### **El poder de la diversidad cultural**

La diversidad cultural de Iberoamérica es innegable. Pero ¿tiene poder la diversidad? Las ciencias sociales, la literatura, las artes visuales y mediáticas, el periodismo y los debates políticos han revelado la heterogeneidad del mundo llamado iberoamericano y se preguntan qué hacer con ella. ¿Es posible concebir como unidad este universo y desarrollar políticas conjuntas entre España, Portugal y el conjunto de países latinoamericanos? No sólo separan a estas naciones las dos lenguas dominantes -español y portugués-, sino las centenares de lenguas indígenas, las poderosas herencias de origen afroamericano, fronteras nacionales en disputa y las culturas regionales que -tanto en la península ibérica como en América Latina- fragmentan la unidad proclamada por los Estados nacionales.

Las declaraciones de las cumbres de presidentes y ministros de cultura suelen reconocer esa diversidad y al mismo tiempo exaltar vocaciones históricas compartidas. Pero ¿por qué tienen tan poca eficacia los programas de integración? Preguntas semejantes suscitan la Declaración universal sobre la diversidad cultural adoptada por todos los Estados miembros de la UNESCO en 2001 y la Convención sobre la diversidad de expresiones culturales aprobada con abrumadora mayoría en la 33ª Conferencia General de la UNESCO en noviembre de 2005, pero cuya lenta aplicación a procesos específicos muestra una y otra vez más dificultades que logros. De modo análogo, se observan avances cuando las constituciones nacionales llegan a incluir el reconocimiento de "países pluriculturales" en Colombia (1991), Brasil y Ecuador (1998). Sin embargo, la discriminación y los conflictos interétnicos persisten.

Un primer paso conceptual para aclarar esta discrepancia entre declaraciones y procesos sociales ha sido concebir la pretendida unidad de Iberoamérica menos como una identidad común que como un espacio sociocultural. Desde hace unos años, varios estudios postulan que, en vez de buscar una definición esencial de "lo iberoamericano", conviene hablar de un espacio compartido, un espacio cultural y político y socioeconómico en el que conviven muchas identidades y lenguas, itinerarios y audiencias heterogéneas. Se parte de una historia de interacciones que muestran convergencias y conflictos, que se ha ido transformando y permanece abierta a nuevos intercambios entre personas, bienes y mensajes, que puede afianzarse o diluirse según los programas y las capacidades políticas de ejecutarlos. No existe una base biológica ni una única tradición común que garanticen su desenvolvimiento (Garretón y otros, 1999; García Canclini, 1999; Reyes Mate, 1999; Sosnovsky, 1999).

Ni la diversidad, por más que se le atribuya virtudes y riquezas, ni el voluntarismo retórico de la integración tienen el poder de resolver las contradicciones entre lo que nos diferencia y lo que nos aproxima. En rigor, la historia muestra la diversidad como un potencial creativo y también como un abanico de procesos centrífugos. Este volumen no quiere situarse de un solo lado, ni dedicarse a declaraciones bien intencionadas. Propone, en cambio, un diagnóstico de lo que persiste, ha sido reprimido o busca actualizarse en los patrimonios culturales indígenas y afroamericanos, en la interacción de ambos con la presencia ibérica, en las relaciones (desiguales) propiciadas por las industrias culturales entre América y Europa, en los movimientos migratorios y en los cambios educativos.

También analizamos la fortuna y las peripecias de algunos programas emprendidos para integrar culturalmente a Iberoamérica, desde Ibermedia e Iberescena hasta las posibilidades de que la producción mediática y las bibliotecas nos sitúen mejor en la globalización. Se busca, por tanto, ofrecer un panorama actual de la diversidad regional, de las investigaciones y reflexiones sobre estos procesos y sobre emprendimientos públicos, privados y sociales.

En cada uno de los textos incluidos en este volumen se registra la diversidad existente en la región. Así, en el artículo sobre las poblaciones indígenas o pueblos originarios, Miguel A. Bartolomé recuerda que la noción de "indígena" es una construcción histórica colonial, que no abarca a un conjunto homogéneo de actores ni un solo tipo de modificaciones etnopolíticas. No pueden agruparse como un único fenómeno social a los aymara de Bolivia, los mapuche de Chile, los nahuas y mayas de México, los kuna de Panamá y los yanomami de Venezuela. Con frecuencia, éstos y otros pueblos reclaman autonomía territorial y autodeterminación política, lingüística y económica. En países donde los pueblos originarios son minoría, tiende a marcarse más su especificidad cultural y la de sus reclamos políticos en agendas nacionales. En Bolivia, con un 62 por ciento de indígenas o en Guatemala con 40 a 55 por ciento, esos porcentajes tampoco los convierten en sinónimos de bolivianos o guatemaltecos, porque la noción de indígena se desglosa en muchos grupos y porque históricamente sus demandas han sido reprimidas o subestimadas. Quizá, dice el autor, "en la fragmentación está su fortaleza, ya que la ausencia de una estructura centralizada de poder político ha impedido que fueran controlados en forma genérica por el Estado". Sin embargo, la cuestión del poder o la debilidad de la autonomía adopta muchas variantes según sea reconocida, se la conciba como un regreso a la política de reservaciones o se ensayen formas distintas de convivencia entre la soberanía parcial de cada grupo en su ámbito y la hegemonía de las estructuras jurídico-administrativas nacionales. La problemática no se reduce al dominio del territorio o de los apartados institucionales. A veces, las relaciones actuales se configuran como una sociedad de redes (familiares, locales, regionales y transnacionales).

Estas cuestiones presentan un perfil distinto en las poblaciones afroamericanas. Pese a que algunas estimaciones les adjudican el triple de volumen demográfico que los indígenas -unos 150 millones de personas- sus territorios están poco definidos, suelen ser el sector más pobre, con los trabajos peor remunerados, menor organización política y bajo reconocimiento de parte de los Estados. José Jorge de Carvalho examina los procesos más recientes en los que los afrodescendientes están logrando incrementar su ingreso a las universidades públicas y los mercados de trabajo, la difusión de músicas y formas de religiosidad de matriz africana. También examina las limitaciones que implica para la superación del racismo la división entre las posiciones afroiberamericanas, activas participantes en la conferencia mundial contra el racismo y la discriminación (Durban, 2001) y las de los afronorteamericanos, especialmente los representados en el gobierno de Estados Unidos, que se retiró de esa conferencia y anunció que no asistirá a Durban II, el congreso organizado en Ginebra del 20 al 24 de abril de 2009.

El desarrollo moderno de las sociedades iberoamericanas, y su parcial incorporación a procesos globalizadores, va acrecentando la importancia de otras formas de diversidad. A las diferencias étnicas y nacionales se añaden diferencias y desigualdades educativas, movimientos migratorios que generan nuevas fracturas y continuidades entre residentes en distintos países, las conexiones de las industrias culturales y las redes digitales que propician nuevos modos de acceso e intercomunicación pero también diversidades nuevas.

Respecto de la educación, sigue debatiéndose la opción entre la multiculturalidad que forma a cada grupo en su cultura o la enseñanza universalizada que garantiza para todos el acceso a conocimiento y destrezas, a valores compartidos

y da sentido de pertenencia al Estado-nación. ¿O es necesaria una visión intercultural que capacite para participar en la coexistencia de mundos de vida diferentes? Martín Hopenhayn examina dos sentidos de lo intercultural: como "conversación entre culturas" que hace posible construir un imaginario de la convivencia de lo múltiple, una gramática compartida de los conflictos, o como referente utópico que enseña a verse con los ojos del otro, enriquecerse con sus formas de amar, alimentarse, producir y comunicar. Hopenhayn advierte sobre la necesidad de trascender la noción estrecha de educación intercultural observada en América Latina -y en parte, podría agregarse, en España- que se concentra en el bilingüismo; es preciso también conciliar saberes exógenos y endógenos, "reformular contenidos curriculares para la deconstrucción del etnocentrismo (por ejemplo, mostrando distintos relatos de la historia, cánones diversos en corrientes artísticas según culturas, distintas formas de aproximarse a la naturaleza). Implica también promover actitudes básicas de interlocución y apertura al otro, y afirmar como riqueza y no como amenaza la diversidad de opiniones y visiones de mundo". Una distinción clave de su texto propone "educar en la interculturalidad, desde la interculturalidad y con interculturalidad".

A los importantes esfuerzos por mantener unos sistemas educativos de acuerdo con las necesidades de su entorno se contraponen, por diferentes causas, unas dinámicas de emigración de capital humano muy importante desde hace unas décadas en América Latina. A partir del análisis de un caso concreto, Adela Pellegrino y Andrea Vigorito nos plantean el fenómeno de la emigración calificada como una pérdida significativa para el continente latinoamericano que incide notablemente en la vida cultural y en el potencial del aporte de diversidad cultural. La falta de políticas institucionales de estímulo al retorno y la incorporación de esta diáspora, debilita los sistemas nacionales de ciencia y se pierden posibilidades de una mayor relación con los países receptores que podrían generar procesos de cooperación muy importantes y un estímulo al desarrollo socio económico y científico en los países latinoamericanos.

En el análisis de los procesos de las políticas culturales nacionales hacia procesos de cooperación e integración en el ámbito cultural, los artículos de Juan Luís Mejía Arango y Mercedes Giovinazzo nos presentan dos perspectivas evolutivas en Latinoamérica y Europa, las cuales nos permiten observar las grandes diferencias entre el predominio de un proceso de integración política real en Europa y un proceso de evolución de una posible fundamentación en procesos políticos más claros. El documentado estudio sobre la evolución de las políticas culturales en América Latina nos permite valorar el enorme trabajo realizado por los diferentes agentes sociales que intervienen en estos procesos, y por una sociedad civil e intelectual muy importante que ha permitido disponer de acuerdos multilaterales que pueden tener una gran repercusión de futuro. Una valoración de estos procesos nos evidencia la madurez de la función. Por otro lado, la cooperación cultural europea presenta unas diferencias muy significativas ya que ha ido acompañada de un proceso de integración política importante. A pesar de estas potencialidades no se esconde que la respuesta a una agenda de cooperación cultural no puede dirigirse solamente desde la institucionalidad de la Unión Europea, sino desde una mayor preocupación de los Estados y de una mayor participación de la sociedad civil. Estos procesos evidencian avances importantes a pesar que la cultura no ha sido una prioridad en la política de la Comisión y del Parlamento Europeo lo que ha provocado una cierta distancia entre el sector cultural y la gobernanza cultural europea.

Todos los asuntos de la diversidad y la interculturalidad se han replanteado en la medida en que las industrias audiovisuales y las tecnologías digitales van acercando a las sociedades y engendrando a la vez nuevas diferencias y desigualdades, ya no principalmente territoriales o de origen histórico sino según el acceso a los nuevos bienes y mensajes. Varios textos incluidos en este volumen muestran que el estilo

declarativo de los antiguos acuerdos de intercambio o integración entre los países americanos, y entre éstos y los europeos, fueron adquiriendo un carácter más concreto y operativo en tanto tuvieron que asumir las condiciones particulares del cine, la televisión y otras zonas de la comunicación. Octavio Getino registra esos avances, pero también anota que el ideario de la solidaridad fue reemplazado por la competencia; la integración política y la diversidad nacional o regional cedieron lugar a una visión economicista; los objetivos de igualdad y justicia perdieron importancia ante nuevas agendas de negociación comercial. No obstante, existen experiencias de integración como la del MERCOSUR, creado en 1991, que a partir de 1995 fue desarrollando reuniones especializadas en cultura y comunicación, dando a las industrias culturales, especialmente el cine y el audiovisual, espacios para incentivar la cooperación, los intercambios internos y con la visión europea.

Enrique Bustamante ofrece un balance actualizado de los estudios sobre industrias culturales y sobre el papel, en los debates internacionales, de las investigaciones y políticas iberoamericanas destinadas a promover, junto al crecimiento de las relaciones comerciales, programas de cooperación internacional. Argumenta a favor de políticas públicas que reconozcan la diversidad sin seleccionar sólo las clientelas más extensas, que afirmen el derecho colectivo de acceso a la cultura, el intercambio equilibrado de bienes simbólicos entre los pueblos. Con este fin,

detalla una agenda estratégica para superar el debilitamiento de las radiodifusoras públicas, fortalecer las pymes, atender las preferencias por repertorios simbólicos locales y regionales en la música, el cine y el audiovisual, abrir el mercado europeo -"más cerrado que el norteamericano"- a filmes y programas audiovisuales latinoamericanos. El interés de este trabajo se acre-damentación teórico-conceptual que no se corresponde con el escaso aprovechamiento político de este potencial.

Por otro lado, la cooperación cultural europea presenta unas diferencias muy significativas ya que ha ido acompañada de un proceso de integración política importante. A pesar de estas potencialidades no se esconde que la respuesta a una agenda de cooperación cultural no puede dirigirse solamente desde la institucionalidad de la Unión Europea, sino desde una mayor preocupación de los Estados y de una mayor participación de la sociedad civil. Estos procesos evidencian avances importantes a pesar que la cultura no ha sido una prioridad en la política de la Comisión y del Parlamento Europeo lo que ha provocado una cierta distancia entre el sector cultural y la gobernanza cultural europea.

Todos los asuntos de la diversidad y la interculturalidad se han replanteado en la medida en que las industrias audiovisuales y las tecnologías digitales van acercando a las sociedades y engendrando a la vez nuevas diferencias y desigualdades, ya no principalmente territoriales o de origen histórico sino según el acceso a los nuevos bienes y mensajes. Varios textos incluidos en este volumen muestran que el estilo declarativo de los antiguos acuerdos de intercambio o integración entre los países americanos, y entre éstos y los europeos, fueron adquiriendo un carácter más concreto y operativo en tanto tuvieron que asumir las condiciones particulares del cine, la televisión y otras

zonas de la comunicación. Octavio Getino registra esos avances, pero también anota que el ideario de la solidaridad fue reemplazado por la competencia; la integración política y la diversidad nacional o regional cedieron lugar a una visión economicista; los objetivos de igualdad y justicia perdieron importancia ante nuevas agendas de negociación comercial. No obstante, existen experiencias de integración como la del MERCOSUR, creado en 1991, que a partir de 1995 fue desarrollando reuniones especializadas en cultura y comunicación, dando a las industrias culturales, especialmente el cine y el audiovisual, espacios para incentivar la cooperación, los intercambios internos y con la visión europea.

Enrique Bustamante ofrece un balance actualizado de los estudios sobre industrias

culturales y sobre el papel, en los debates internacionales, de las investigaciones y políticas iberoamericanas destinadas a promover, junto al crecimiento de las relaciones comerciales, programas de cooperación internacional. Argumenta a favor de políticas públicas que reconozcan la diversidad sin seleccionar sólo las clientelas más extensas, que afirmen el derecho colectivo de acceso a la cultura, el intercambio equilibrado de bienes simbólicos entre los pueblos. Con este fin, detalla una agenda estratégica para superar el debilitamiento de las radiodifusoras públicas, fortalecer las pymes, atender las preferencias por repertorios simbólicos locales y regionales en la música, el cine y el audiovisual, abrir el mercado europeo -"más cerrado que el norteamericano"- a filmes y programas audiovisuales latinoamericanos. El interés de este trabajo se acrecienta en tanto incluye expresamente las redes digitales y las nuevas modalidades de consumo cultural, que plantean nuevos desafíos respecto de los cuales las políticas culturales muestran particular rezago.

El predominio de las industrias audiovisuales y de la digitalización no disminuye la importancia de los libros y la lectura. Germán Rey documenta con datos recientes la reubicación de la cultura escrita en la economía mundial, en los países iberoamericanos más desarrollados en producción y exportación de medios impresos, así como en medio de los cambios de hábitos culturales.

¿Cómo y cuánto se lee en Internet, qué nuevas relaciones propicia entre información y entretenimiento? La diversidad se manifiesta en la selección editorial de universos geográficos (por ejemplo, en la prevalencia de autores europeos sobre asiáticos y africanos) y también en la lectura de los jóvenes frente a la de los adultos, las de las mujeres en relación con los hombres, la de quienes siguen prefiriendo leer en papel frente a los que optan por la pantalla.

La circulación cultural más allá de las fronteras nacionales ha modificado también notoriamente las artes visuales. Estrella de Diego muestra de qué modo los replanteamientos multiculturales, poscoloniales y de los estudios sobre migraciones van reubicando a los "artistas del Tercer Mundo". Las bienales y exposiciones internacionales fueron pluralizando el canon, abrieron espacios a creadores y grupos latinoamericanos que ya no imitan con retardo la visualidad metropolitana; dialogan ahora sus visiones propias de las diferencias, sus modos de memorizar y reclaman que los estereotipos hegemónicos dejen a los diversos artistas del sur enunciar sus problemas. ¿Cómo valorar sus obras? ¿Porque "tienen fuerza", "están muy vivas" o "son muy genuinas", como suele decirse? Hay estrategias de simplificación y exotización de los críticos y las instituciones metropolitanas, pero también -anota esta autora- complicidades de los artistas y comisarios periféricos que hacen lo posible para interesar o asombrar como se espera que lo hagan. El quinto centenario de 1992 terminó por ser "una ocasión perdida para replantear las relaciones entre España y América latina". ¿Y si ahora, por fin, tratáramos de reconfigurar la historia "a partir de lo que falta, de lo que ha sido excluido o rezagado"? La cooperación cultural internacional se ha visto enormemente incrementada por un mayor conocimiento mutuo de las culturas en el mundo. Este proceso es fruto de una mayor movilidad que, como dice Bauman, caracteriza los procesos de globalización que estamos viviendo de forma muy intensa. Esta movilidad ha sido muy intensa en la región, dentro del continente americano como con la península. Por esta razón las interacciones y tráfico cultural han aumentado de forma considerable, lo cual ha permitido un mayor conocimiento y visibilidad de la diversidad cultural interna por parte de las poblaciones.

Estas dinámicas de cooperación adquieren características muy específicas en el espacio iberoamericano, hay una cierta unidad por dos lenguas y una afinidad en sus discursos culturales que mantienen un flujo constante de interacciones. La realidad actual no es fruto de una diplomacia cultural clásica, sino más bien de unos procesos ascendentes de los propios agentes culturales y de una tradición de trabajo compartido que ha dado sus frutos en un contexto más amplio de

circulación cultural.

También se expresan diferentes experiencias de una agenda de cooperación que se ha ido construyendo en las últimas décadas. Donde las pocas instancias multilaterales que dispone la cultura a nivel internacional, en Iberoamérica han creado un espacio de trabajo con resultados contrastables y muy dinámicos. Esta agenda de cooperación cultural tiene el gran valor de seguir adelante a pesar que las políticas culturales no han sido prioridades de la agenda política en la mayoría de países, pero han encontrado un ámbito de acción con mucha rentabilidad si lo valoramos en relación al limitado apoyo. Cabe destacar el papel de catalizador de los organismos multilaterales (UNESCO, OEI, CAB, CAF, BID, MERCOSUR, etc...) y el gran dinamismo de los propios sistemas culturales, los profesionales de la cultura y los creadores.

La existencia de estos espacios de cooperación cultural en diferentes subsectores culturales son elementos fundamentales para la defensa de la cultura como espacio público y construcción de ciudadanía. La circulación de proyectos y producciones culturales, y un esfuerzo importante de reconocimiento y defensa de pluralismo cultural, que como decía E. Delgado (2004) "es un esfuerzo deliberado por promover la supervivencia y coexistencia de distintos modelos culturales", que ha sido el vehículo para la constitución de este referente para los operadores culturales.

El análisis de las experiencias presentadas evidencian un movimiento en pro a modelos de cooperación igualitarios y a sistemas de articulación de la práctica cultural desde posiciones muy amplias, donde lo local y nacional adquiere un nuevo sentido en la medida que se incorpora a procesos internacionales. Dentro de estos planteamientos se sitúa el trabajo de Guiomar Alonso presentando el programa de la UNESCO para el fomento de la creatividad y el desarrollo económico como una línea de trabajo para el estímulo de lo que se ha denominado economía creativa. A partir del apoyo de proyectos concretos en diferentes países establece los principios para un enfoque en clave de políticas nacionales y locales, sugiriendo la necesidad de incorporar el apoyo a la creatividad como un eje imprescindible para un desarrollo sostenible, y para el mantenimiento de una diversidad cultural como patrimonio de la humanidad.

A nivel iberoamericano destacan los relatos de los programas de las Cumbres de Jefes de Estado (SEGIB) en su esfuerzo para crear las condiciones para el desarrollo del espacio cultural común. En primer lugar hemos de mencionar el programa Ibermedia, con una larga trayectoria y resultados muy positivos en la ayuda a la consolidación de algunas cinematografías latinoamericanas. Elena Vilardell y Joan Álvarez combinan el conocimiento organizativo del programa con un análisis de su impacto real en las cinematografías iberoamericanas. Este programa de cooperación con más de diez años de trayecto nos evidencia el poder real de apoyos institucionales combinando una visión de cooperación, como la participación de cada uno de los países socios como contribuyentes, con un objetivo de conseguir una mayor producción y distribución de estos bienes culturales.

La dificultad de avanzar en proyectos de cooperación en otros ámbitos se analiza en el artículo de Cecilia Miranda que plantea las características del sector de las artes escénicas y el esfuerzo realizado en la implementación del programa Iberescena que está surgiendo con mucha fuerza en los dos últimos años. En ellos podemos observar prácticas de cooperación institucionalizadas que buscan caminos de salida compartidos a los proyectos creativos que no pueden sobrevivir solamente en el espacio local. Éxitos y fracasos de estos programas que a pesar de todo han creado una gran red de intercambios y conocimientos mutuos muy apreciados por los actores culturales.

A partir de las posibilidades de la Diversidad Cultural como concepto y prácticas,

Milagros del Corral nos propone pasar a la acción y valorar el largo recorrido de la comunidad internacional para llegar a estos planteamientos. Enfatizando en la necesidad de interpretar estos proyectos como inversiones estratégicas a largo plazo donde la cultura puede tener una función de cambio importante. Presenta la nueva función de las bibliotecas ante los procesos de mundialización y la existencia de internet, permite analizar las posibilidades de estos equipamientos culturales de aportar una mayor información a la construcción de este espacio diverso. Contrasta con las nuevas formas de la lectura y los cambios en la industria de la edición en Latinoamérica, donde los estudios evidencian, cada vez más, un panorama desolador en algunos aspectos y estimulante en nuevas prácticas culturales, contradicciones presentes en los estudios sobre los hábitos culturales.

La entrevista con Paula Marcela Moreno Zapata, Ministra de Cultura de Colombia, desde la práctica política nos presenta sus percepciones sobre las políticas de diversidad en un país latinoamericano. De la misma forma las interacciones en los procesos de profesionalización de la gestión cultural han encontrado espacios de cooperación que están creando canales de transferencia intensos -a pesar de las diferencias entre las situaciones de los profesionales de la cultura entre España y Portugal con América Latina- disponiendo de estudios especializados (Martinell, A., 2005) y redes de instituciones capacitadoras, que tienen un amplio bagaje de movilidad y de cooperación interuniversitaria.

Iberoamérica se puede definir como un espacio cultural con un alto nivel de diversidad, fruto de los antecedentes históricos y políticos, pero con poca consciencia de lo que significa en el mundo contemporáneo. Han sido necesario más de dos siglos para que los ordenamientos constitucionales de las repúblicas americanas fueran incorporando su realidad pluricultural y aún es necesario un largo trayecto para llevar a cabo políticas efectivas en este sentido. A pesar de esta realidad esta diversidad cultural encuentra dificultades para ponerla en valor, más allá de las prácticas habituales. Su dimensión social y creativa no se incorpora como un activo de nuestras sociedades y muchas veces no se aprovecha todo el potencial que conlleva. En este sentido es importante una relectura de la diversidad cultural como eje de unas políticas culturales incorporadas a los dinanismos de desarrollo y a las relaciones internacionales.

## Referencias bibliográficas

- DELGADO, Eduard (2004). "Hacia una nueva articulación de los espacios lingüísticos y culturales". En Revista *Pensar Iberoamérica*, Nº 6. Mayo-agosto 2004. Madrid, OEI.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (coord.) (2005). *Culturas de Iberoamérica. Diagnóstico y propuestas para su desarrollo*, Madrid, OEI-Santillana.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1999). "Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio latinoamericano", en Néstor García Canclini y Carlos Juan Moneta (coord.), *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, México, Grijalbo, SELA, pp. 35-63.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (1999). "Las sociedades latinoamericanas y las perspectivas de un espacio cultural. Una introducción al debate", en Manuel Antonio Garretón (coord.), *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*, Colombia, Andrés Bello, pp. 2-28.
- MARTINELL, Alfons (2005). "La Formación en Gestión Cultural en Iberoamérica: Reflexiones y Situación". En VVAA. *Formación en Gestión Cultural y Políticas Culturales*, París, UNESCO, pp 23-53.
- REYES MATE, Manuel (1999). "¿Existe un espacio propio Latinoamericano?", en

Manuel Antonio Garretón (coord.), op. cit., pp. 76-96.

- SOSNOWSKI, Saúl (1999). "Voces y diferencias: Un espacio compartido para las letras americanas", en Manuel Antonio Garretón (coord.), op. cit., pp. 156-173.

Extraído de: Pensamiento Iberoamericano N°4 [en línea] <http://www.pensamientoiberoamericano.org/articulos/4/92/0/diversidad-cultural-y-poder-en-iberoamerica.html>